

Benedicto XVI pondrá el acento en la fe. Por cierto sin dejar de lado la importancia de la caridad y de la esperanza. Hasta ahora en cierto modo parecía prevalecer la tendencia de atribuir los males del mundo contemporáneo, incluyendo los de la propia Iglesia, más a la falta de caridad que a la falta o debilitamiento de la fe. Con Benedicto XVI llega la hora de reivindicar la importancia de la fe en un Dios vivo, que existe con una existencia anterior y superior que la de todos los demás seres que pueblan el Universo y que son creación suya.

Hace un par de años, un entrevistador preguntaba al cardenal Ratzinger sobre las conductas pedófilas imputadas a sacerdotes. Respuesta: debilitamiento de la fe. Los sacerdotes no incurren en esos comportamientos aberrantes si mantienen viva su fe en Dios y no se apartan de su presencia. Sin duda en esas situaciones falla también la caridad que se debe al prójimo, y en especial a los niños. Sin embargo, el cardenal, ahora Papa, creyó entonces necesario llamar la atención hacia el derrumbe que acarrea el debilitamiento de la fe, no sólo en el mundo, sino especialmente al interior de la Iglesia.

Pensamos que el cardenal Medina muestra una sensibilidad del mismo signo cuando cree necesario recordar a los chilenos, aprovechando la consulta de un periodista sobre la canonización del padre Hurtado, que nuestro futuro santo es mucho más que el fundador del Hogar de Cristo, mucho más que un sacerdote que practicó la caridad en grado excelso. Pues antes que eso fue un hombre de fe viva, manifestada en la oración y la práctica de los sacramentos.

La preocupación preferente de Benedicto XVI por el tema de la fe no puede ser más justificada. Basta recordar que en un continente como Asia, inmenso, con una población de cerca de tres mil millones de habitantes, con un peso político y económico creciente en el mundo, el número de católicos es mínimo. El caso de Europa es dramático. La fe allí se ha perdido en gran medida, y todo indica que si no hay una reacción, la deschristianización seguirá avanzando.

El problema no es sólo cómo evitar que la fe se pierda o debilite, sino cómo puede la Iglesia cumplir su misión de extenderla a todos los hombres, a todos los pueblos, en todos los tiempos. Sabemos que la fe es una gracia que Dios concede a todos los que ponen al menos un mínimo de su parte para recibirla. Dios puede valerse de distintos medios para espar-

El Papa Benedicto XVI y el tema de la fe



Ricardo Rivadeneira M.

cir la gracia de la fe. Un intelectual, estudiando primero filosofía y luego teología, puede acceder a la fe. Una vez que ha alcanzado esa meta personal, si dedica tiempo a la enseñanza o divulgación de sus conocimientos, puede conseguir que otros también crean. Nos parece que el Papa quiere que en los tiempos que vienen se reconozca la importancia de esta vía de evangelización, que tal vez se ha dejado un tanto de lado, pues si bien parece reservada a un número reducido de personas, no puede ignorarse el peso de los intelectuales en la configuración de los valores religiosos y culturales que rigen la conducta de los grupos humanos.

Con todo, nos preguntamos si el principal camino que debe recorrer la Iglesia para cumplir su misión de mantener, fortalecer y propagar la fe, no sigue discurriendo más por el lado de la caridad que por el del esfuerzo intelectual de los filósofos y teólogos. Seguimos pensamos que históricamente el progreso de la fe, más que obra de sabios, conocedores de

“Históricamente el progreso de la fe, más que obra de sabios, conocedores de las ciencias humanas y divinas, es obra de santos”.

las ciencias humanas y divinas, es obra de santos. De santos ignorantes en la mayoría de los casos, desde los doce apóstoles escogidos directamente por el Señor en adelante. Santa Catalina de Siena apenas sabía leer y escribir. Obra de santos que actuaron y rezaron inspirados por la caridad cristiana, esto es, por el amor al prójimo, especialmente por amor a los no creyentes, a los adversarios e incluso a los enemigos.

Sin embargo, tampoco hay que equivocarse en algo que, creemos, Benedicto XVI no cesará de recordarnos: la caridad cristiana tiene sentido en la medida en que asienta sus raíces en la fe. La caridad sin fe puede ser muchas cosas humanamente muy valiosas: commiseración, benevolencia, filantropía. Recordemos a la madre Teresa de Calcuta: externamente todo en ella era caridad, llevada a extremos que impresionaron incluso a las personas más alejadas del catolicismo. En una entrevista de prensa explicó que sólo podía entenderse su dedicación sin límite a los más pobres y enfermos, en la medida en que esa actividad era una prolongación de su relación con el Señor, expresada en horas de oración y reconocimiento, como hija fiel y consagrada de la Iglesia. Nada distinto podría haber dicho el padre Hurtado.

La elección de Benedicto XVI ha dado origen en nuestro país a polémicas entre intelectuales católicos y no católicos, con participación destacada de un brillante académico no creyente. La pregunta que surge es si tales polémicas sirven no sólo para defender la fe, sino también para promoverla, provocando, si Dios así lo quisiera, la conversión de intelectuales hoy día alejados de la Iglesia. Pareciera que el fruto de las argumentaciones filosóficas y teológicas no será de mucho peso, si paralelamente a ellas, o como parte de ellas mismas, no se hace brillar ante quienes no han recibido la gracia de la fe, el destello de un sincero amor cristiano, sin el cual cualquier intento de promover la fe parece condenado al fracaso.

En resumen, toda “praxis” movida por la caridad se debilitará, marchitará y extinguirá, si falta, debilita o se extingue la fe, don gratuito de Dios sostenido por la oración y la práctica de los sacramentos. Por otra parte, recordando las fuertes palabras de San Pablo, la fe, aun cuando mueva montañas, sin caridad no es nada, no sirve para nada. Más aun: mostrarse poseedor y defensor de la fe, faltando al mismo tiempo a la caridad, es motivo de escándalo.

“La Segunda”, 29-IV-2005